

—Mirad, ya salen —Margot señaló hacia la caseta donde guardaban las canoas. Varios grupos de ocho remeros salieron con sus embarcaciones—. Los nuestros son los de la camiseta roja. Valentín es el tercero.

Carolina intentó localizar al tercero, pero no le pareció diferente a los demás. Todos con la misma ropa, la misma altura y con la misma cara de concentración, se parecían extraordinariamente. El tercero, eso sí, parecía más joven que los demás. Mucho más joven, incluso.

Los equipos remaron para colocar las canoas en la salida, y esperaron. Se hizo el silencio en los alrededores. Los remeros concentrados. Nadie decía nada.

A Valentín, en esos momentos previos al inicio de la carrera, le gustaba mirar los picos nevados de las montañas. Respiraba hondo y se encomendaba a las montañas, como si fueran dioses lejanos y poderosos que lo protegían y lo guiaban hacia una meta deseada.

Alguien gritó e inmediatamente se oyó un disparo: comenzaba la carrera.

Los remos se introducían en el agua alternativamente, siguiendo las instrucciones y el ritmo que imponía el timonel. Valentín miraba a un punto fijo más allá de la realidad que lo rodeaba y que terminaba en la camiseta roja de su compañero de delante. Solo escuchaba la voz del timonel y el ruido del agua al chocar con la madera de las palas. En ningún momento miró a las demás canoas. Durante el tiempo que duraba la carrera, el mundo de Valentín era muy pequeño. Un mundo muy reducido del que se sentía dueño. Solos el mundo y él.

Después de dos minutos y treinta segundos, llegaron a la meta. Entonces Valentín respiró muy profundamente y miró hacia el cielo del que por la mañana había caído tanta agua, y que ahora estaba intensamente azul. El mundo se abría también hacia arriba, y el aire era más grande. Entonces notó la palmada de su compañero de detrás y empezó a escuchar las voces de los demás. Habían ganado. Habían sido los primeros en cruzar la meta. Valentín y los demás se abrazaron aún dentro de la canoa, pero enseguida se lanzaron al agua.

—Vaya, parece que *Frau* Adine tiene un admirador secreto.

—Ella no nos ha dicho que esperara visita. Veamos cómo nos dice *Frau* Adine que ha pasado la tarde.

Y se miraron con una sonrisa cómplice que permaneció en sus caras cuando entraron en la casa. En cuanto llegaron a la puerta, Rolando salió a recibirlos para conseguir las caricias de los chicos. *Frau* Adine continuó sentada en el salón. La chimenea estaba encendida. Dos tazas de té en la mesa y un plato con restos de pastas delataban que la vieja dama había tenido compañía.

—¿Cómo lo habéis pasado, muchachos? ¿Estaba bonito el lago?

—Sí, señora, precioso. Y con esta niebla tenía un toque misterioso que casi daba miedo.

—¡Qué exagerada, Carolina! El tiempo en las montañas cambia sin avisar. Como las personas. El físico permanece más o menos deteriorado, pero todo lo demás es cambiante. Los pensamientos son como el clima: a veces están soleados, luminosos, a veces oscuros, llenos de niebla. Pero eso es lo

mejor: la niebla siempre acaba disipándose, como los malos pensamientos.

—¿Y usted qué ha hecho esta tarde, *Frau* Adine? —le preguntó Valentín, señalando las tazas sobre la mesa.

—Nada de particular. He estado leyendo y haciendo estos corazones rojos de lana para la decoración de Navidad —dijo mientras se los mostraba.

A Carolina le fascinaba ver cómo algunas mujeres eran capaces de tejer cosas maravillosas de la nada. Donde antes solo había hilos y lana, de pronto, había servilletas, paños de cocina, cojines o corazones como los que les enseñaba Adine. A Carolina aquello le parecía magia.

—Nos ha parecido ver a una persona que salía de la casa cuando veníamos —continuó el muchacho, al que los corazones de ganchillo no le importaban gran cosa.

—¡Ah, sí!, he tenido una breve visita.

—¿Y quién era? —esta vez fue Carolina la que preguntó.

—El panadero. Había encontrado una bolsa cuando cerraba la tienda y pensó que era nuestra.